

PRESTON, Paul [guió i il·lustracions de José Pablo García] (2016). *La Guerra Civil española*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial (Debate. Historia).

El 23 de junio de 1938, Valencia quedó directamente amenazada por las tropas franquistas, situadas a menos de 40 kilómetros. Si caía Valencia, la guerra habría terminado.

En respuesta, Negrín decidió preparar una contraofensiva espectacular que contuviese la continua erosión del territorio republicano. El general Vicente Rojo planeó un asalto a través del río Ebro, con el objetivo de restablecer el contacto con Catalunya. Iba a librarse la batalla más dura de toda la guerra.

Se formó el ejército especial del Ebro, bajo el mando del tiránico general comunista Juan Modesto. Como las anteriores ofensivas, las mejores armas se distribuyeron entre los comunistas. Todos los comandantes de división lo eran.

Los rebeldes encargaron la defensa al abrupto general Juan Yagüe. Una vez más, subestimaron la importancia y las dimensiones del ataque republicano.

Se habían transportado en secreto hasta la orilla del río alrededor de 80.000 hombres. Las primeras unidades del ejército de Modesto lo vadearon en botes, en la noche del 24 al 25 de julio. El resto lo cruzó al día siguiente en pontones.

El avance abarcó una curva inmensa del Ebro (desde Faió a Benifallet). La sorpresa en las desguarnecidas líneas rebeldes fue total. El Ejército Popular infligió severas pérdidas, aunque la 14ª Brigada Internacional sufrió cuantiosas bajas y se vio obligada a retirarse.

Río arriba, sin embargo, las fuerzas republicanas consiguieron establecer una sólida cabeza de puente aprovechando un amplio recodo del río. El día 1 de agosto llegaron a Gandesa, pero allí quedaron detenidos.

Al principio, el personal de Franco estaba desmoralizado. El general pidió refuerzos para taponar la brecha, y dio comienzo una desesperada batalla por la reconquista del territorio cedido. Podía haber contenido a los republicanos y avanzar hasta una cercana e indefensa Barcelona. En cambio, prefirió convertir Gandesa en un cementerio.

Negrín tenía depositadas sus esperanzas en un aumento de la tensión europea que alertase a las democracias occidentales de los peligros que el Eje representaba. En una guerra europea, la República se alinearía con Francia y Rusia contra Alemania y los rebeldes se encontrarían prácticamente aislados de las potencias del Eje y amenazados por el ejército francés. Pero el tratado de Múnich truncó las esperanzas que Negrín había depositado en esa posibilidad.

Los franquistas abrieron los diques de los ríos pirenaicos tributarios del Ebro y lograron con ello aislar a las fuerzas republicanas que se hallaban atrapadas en terreno montañoso con poca cobertura y escasos pertrechos.

Los republicanos tenían órdenes de no retirarse y resistieron tenazmente, con un calor sofocante y con poca agua, y sufriendo el feroz bombardeo de la artillería. 500 cañones dispararon contra ellos más de 13.000 proyectiles diarios durante casi cuatro meses.

Cada vez más decidido a aniquilar al ejército republicano, Franco reunió a más de 30.000 soldados de refresco. Hizo concesiones importantes al Tercer Reich relacionadas con el incremento de la participación en empresas mineras, para tener garantizado el suministro de grandes cantidades de material alemán nuevo. El as de la aviación alemana, teniente Werner Mölders, ensayo las tácticas con cazas que más tarde serían reglamentarias.

A mediados de noviembre, con un terrible coste en bajas humanas, los franquistas habían empujado a los republicanos hasta las posiciones de partida. Los restos del ejército republicano abandonaron la orilla derecha del Ebro en la madrugada del 15 de noviembre de 1938 por medio del puente de hierro de Flix, que luego volaron. Muchos tuvieron que cruzar el río a nado.

Durante 113 días combatieron en una zona montañosa de aproximadamente 500 km² casi 250.000 hombres de los cuales alrededor de 13.250 murieron: 6.100 franquistas y 7.150 republicanos. Unos 110.000 resultaron heridos o mutilados. La fértil Terra Alta se convirtió en un inmenso cementerio. Todavía hoy es frecuente encontrar restos humanos en la región.

Los republicanos dejaron allí gran cantidad de material. Prisioneros obligados a trabajar para los Servicios de Recuperación recogerían 75.000 toneladas de material de guerra nuevo y bombas sin estallar. Durante años, los habitantes de la región se ganarían la vida buscando metralla y chatarra.

La República estaba derrotada, aunque simplemente se negó a aceptar el hecho. Madrid y Barcelona se vieron inundadas de refugiados, y la población llegó al límite de la depauperación (p. 217-219).